

Image not found or type unknown



La mística

María Baouardy, la santa que narró el más allá

ECCLESIA

26_08_2024

img

Image not found or type unknown

Ermes
Dovico



Uno de los grandes ausentes en la predicación de gran parte de la Iglesia actual es el tema de los Novissimi, o las realidades últimas (Muerte, Juicio, Infierno, Paraíso). Sin embargo, se trata de un tema directamente relacionado con la misión de la propia Iglesia, que desde el principio -fiel al mandato de Cristo- ha instruido a los hombres sobre lo que les espera después de la muerte, en función de cómo han vivido su vida terrena. La Biblia y el Magisterio son los puntos de referencia esenciales de toda verdad escatológica. Y luego tenemos las vidas de los santos, de las que Dios se sirve para darnos, en cada época histórica, preciosas confirmaciones de estas verdades y recordarnos el camino recto hacia la salvación eterna.

Entre estas vidas destaca la de santa María de Jesús Crucificado (5 de enero de 1846 - 26 de agosto de 1878), carmelita descalza, nacida Mariam Baouardy, cuya memoria litúrgica se celebra hoy. Originaria de Galilea y conocida también como «la pequeña árabe», María -así llamada por un voto a Nuestra Señora- demostró ser precoz

en su vida espiritual, favorecida por sus padres, muy pobres pero de rica fe, que se había mantenido firme a pesar de las persecuciones y de los graves duelos en la familia (perdieron 12 hijos a temprana edad). La propia María experimentó el sufrimiento desde muy temprana edad. Quedó huérfana de padre y madre a la edad de unos tres años, pero su alabanza a Dios no faltó ni en las alegrías ni en las pruebas. A pesar de ser aún muy joven, la santa recordará siempre las palabras de su padre Jorge que, en su lecho de muerte, pidió a san José que fuera su padre. Ya entonces, el Señor adornó a María con gracias singulares, que jalonarían toda su vida y culminarían con el don de los estigmas.

En su gran humildad, la santa intentó ocultar sus dones místicos, pero no siempre le fue posible, porque a menudo Dios... tenía otros planes. Estaba en Marsella cuando, hacia los 17 años, tuvo un éxtasis que comenzó en la iglesia de los greco-melquitas, continuó en casa de sus entonces amos y duró cuatro días, sin que ningún médico pudiera «despertarla» de ese estado. ¿Qué ocurrió en esos cuatro días? María tuvo que contarlo más tarde por obediencia a su confesor, el padre Pierre Estrate, autor de una espléndida biografía de la santa.

En esos cuatro días, María vio la gloria del Paraíso, lo que ocurría en la Tierra, en el Purgatorio y en el Infierno. Su guía, una virgen, le mostró primero el Cielo, mostrándole a «Jesucristo, nuestro divino Salvador, ardiendo en amor, y muy cerca de Él, el colegio de los Apóstoles. Me mostró el ejercicio de los mártires, y las almas que sufrieron las mayores tribulaciones en la tierra. Éstas no han derramado su sangre como los mártires, y sin embargo están colocadas en el mismo rango que ellos, porque también han llevado la cruz. Cada uno tiene su propia cruz -me dijo la virgen- y cuando Dios ve que un alma acepta generosamente la que le envía, Él mismo ayuda a esta alma a llevar la cruz». Una enseñanza, ésta, sobre el valor redentor del sufrimiento vivido en unión con Jesús y su Pasión, que es tan necesario recuperar hoy. El guía le mostró entonces «a los buenos y santos sacerdotes, resplandecientes como las vírgenes, y colocados muy cerca de Nuestro Señor y de los Apóstoles. Le dijo: ¡Oh, cómo ama Dios a los buenos sacerdotes! Cuando los ve celosos por su gloria, por la salvación de las almas, ¡qué feliz es! Cómo los ama! Son muy pocos los que suben aquí directamente, sin pasar por las llamas del Purgatorio». María vio de nuevo la gloria con la que son coronados los hombres y mujeres corrientes que han vivido cumpliendo los deberes cristianos. También vio «una multitud de niños inocentes» que celebraban con los demás elegidos.

A la santa se le mostró entonces la Tierra de un modo que le dejó claro que nuestra

vida aquí abajo es sólo un pasaje, a la espera del juicio.

La tercera visión se refería al Purgatorio, donde María vio que los castigos de las almas «difieren mucho», según los pecados que deban expiarse. La santa supo por su guía que la Madre de Dios desciende «todos los sábados al Purgatorio, con una escolta de ángeles, para liberar a muchas almas entre estos espíritus bienaventurados (...). Las almas del Purgatorio -añadió la mística- están sometidas a la voluntad divina; son felices purificándose con el fuego, para ser dignas de la visión beatífica».

María fue conducida entonces a ver el Infierno, pero esta vez a una distancia adecuada, sin entrar en él. Allí, la santa sólo pudo oír «gritos espantosos, imprecaciones, blasfemias». También allí vio fuego, pero muy diferente del fuego purificador, todo interno al alma (nunca externo) que había visto en el Purgatorio. «Lo que me impresionó inmediatamente en el Infierno fue la visión de las almas que se habían perdido por vicios impuros. Estaban envueltas en llamas que tomaban la forma del ídolo que habían amado con desenfreno en la tierra. (...) En cada uno de los condenados la llama que lo envolvía se mostraba bajo la figura del objeto, causa de su condenación. Vi en el Infierno almas pertenecientes a todas las clases, a todos los rangos».

Como en el caso de otros santos que vivieron antes y después que ella -piénsese, por ejemplo, en las experiencias de los niños pastores de Fátima y de sor Faustina Kowalska en el siglo XX-, estas visiones tenían por objeto aumentar la caridad de la joven María hacia las almas, tanto las que aún vivían como las del Purgatorio. Complació a la misericordia de Dios que la santa recibiera visitas de almas del Purgatorio, que le pedían Misas y oraciones en su sufragio. Además, en aquel éxtasis de cuatro días, según relató a su confesor, el padre Estrate, el Señor le pidió que «ayunase, a pan y agua, durante todo un año, para expiar por los demás los pecados de gula, y que se vistiese lo más pobremente posible, para reparar los pecados de vanidad». Y estos son sólo algunos ejemplos de hechos de los que su vida estuvo llena, y que nos recuerdan la verdad de la comunión de los santos.

Una persona dócil al cumplimiento de la voluntad de Dios, como lo fue María de Jesús Crucificado, no sólo participa de modo supremo de su gloria por la eternidad, sino que ayuda a arrancar del demonio innumerables almas. Una vez, a propósito de los condenados, el Señor le dijo: «No soy Yo quien escoge el Infierno para vosotros; sois vosotros mismos los que hacéis esta elección. Ni un alma se pierde sin que Yo hable mil veces en su corazón».

No por casualidad esta santa era particularmente odiada por Satanás, que varias veces obtuvo permiso de Dios para tentarla fuertemente, saliendo siempre derrotado,

porque “la pequeña nada”, como ella se llamaba, caminaba siempre tras la estela de su Maestro, Jesús. Y en Jesús puso toda su confianza, aceptando toda prueba y sacrificio para mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Esto se reflejó en el ejercicio de tres virtudes fundamentales: humildad, caridad y obediencia.